

***Leer(se)* en comunidad: una aproximación a los nuevos sentidos y líneas de investigación de la lectura**

Eduardo Asfura Insunza
Profesor-Facultad de Ciencias de la Educación
Universidad San Sebastián-Santiago de Chile

Resumen

El artículo examina la dimensión social y cultural de la lectura desde las premisas históricas, tensiones y disputas que cruzan el actual debate sobre las formas del *leer*. A partir de este marco contextual, se revisa la ampliación del campo científico de la lectura, mediante las líneas de continuidad que representan la sociología de la lectura y los Nuevos Estudios de Literacidad (NEL). En estas maneras de explorar la lectura se revela, por una parte, una revisión de las claves de acceso a este particular objeto de estudio y, por otra, la reconfiguración de su sentido individual y colectivo, al revitalizarse desde un enfoque etnográfico y crítico de exploración de las prácticas lectoras y de los modos en que los sujetos construyen identidad con los textos escritos.

Palabras clave: Lectura, Estudio de la lectura, Prácticas lectoras, Sociología de la lectura, Nuevos estudios de literacidad

Abstract

The article examines the social and cultural dimension of reading, from the historical premises, tensions and disputes that cross the current debate on the ways of reading. From this contextual framework, the expansion of the scientific field of reading is revised, through the lines of continuity that represent the sociology of reading and the New Literacy Studies (NEL). In these ways of exploring reading, it reveals, on the one hand, a review of the access codes to this particular object of study, and on the other hand, the reconfiguration of their individual and collective sense, revitalized from an ethnographic and critical approach exploration of reading practices and the ways in which subjects construct identity with written texts.

Key words: Reading, Study of reading, Reading practices, Sociology of reading, New Literacy Studies

La lectura: una práctica social y cultural en disputa

La lectura es una práctica de enorme complejidad y riqueza cuyo estudio ha concitado en las últimas cuatro décadas el interés y esfuerzos multidisciplinarios de las ciencias humanas y sociales. Estos esfuerzos han estado principalmente influidos por el llamado “giro social de la lectura” (Gee, 1996) que ha abierto el campo de análisis

hacia los aspectos socioculturales del acto lector (Bourdieu, 2010; Cassany, 2013; Chartier, 1994; Lahire, 2004; Peroni, 2004).

Esta forma de valorar la lectura se relaciona con su comprensión como una práctica social y cultural, que Chartier (citada en Restiffo, 2007: 1) caracteriza como “realizada en un espacio intersubjetivo, conformado históricamente, en el cual los lectores comparten

dispositivos, comportamientos, actitudes y significados culturales en torno al acto de leer”.

De este modo, la concepción de la lectura como una práctica social y cultural constituye no solo un reconocimiento de la naturaleza intersubjetiva de su significado, al vincular el acto individual de un sujeto lector con las atribuciones de sentido disponibles en su contexto histórico, sino que además revela su doble valor humano y social, en tanto *praxis* individual y comunitaria. Leer es siempre *leerse* en un/a otro/a. La lectura constituye, así, un diálogo transformador de las identidades y de las condiciones de producción y recepción de los textos y discursos. Y de las prácticas de interacción social que a partir de ellos se promueven. Como explica Silveira (2013: 108-109):

(...) cuando se califica a la lectura como práctica sociocultural, se está haciendo alusión a un conjunto de hechos y situaciones en ella y por ella suscitado, relacionado con los efectos socializantes y simbólicos (funciones, finalidades, valoraciones, usos sociales, culturales y políticos que tiene), referidos a por qué se lee, para qué se lee, cómo la lectura ayuda a construir una imagen o presencia social de los sujetos”.

Sin embargo, este interés multidisciplinario por la lectura en tanto práctica social y cultural dialoga más o menos problemáticamente con otras miradas, que influyen en la valoración pública y privada de los modos de leer. Esta convivencia de enfoques es la que se expresa en diagnósticos como la “falta de interés de los jóvenes por la lectura” o la generalizada “crisis de lectura”; con los que no sólo se alerta sobre el desinterés de las nuevas

generaciones por los libros, sino también por la creciente pérdida de legitimidad de este soporte frente a las nuevas formas de interacción y comunicación que el desarrollo tecnológico y el mercado han instalado como dispositivos vitales de nuestra cotidianidad. La televisión, la Internet y los teléfonos móviles se perciben como los principales responsables del desinterés por la lectura y la pérdida de habilidades comunicativas, especialmente entre los niños y los jóvenes; discutiéndose sus “nocivos efectos” con argumentos en los que “(...) la promoción de los libros y la lectura toma el cariz de una defensa valórica, relativa a un tipo de cultura que se opondría al modelo de los *mass media* (Moya, 2013: 45)”. Desde esta lógica, “(e)l diagnóstico parece evidente: se lee poco, se lee mal. Y lo que se lee, no es valioso” (Papalini, 2012: 3). Sin embargo, estos “nocivos efectos” de las nuevas tecnologías han resultado, hasta ahora, muy poco claros. Como explica Colomer (2009: 40): “El miedo ante cada nueva tecnología que aparece no ha quedado justificado hasta ahora en la catastrófica medida prevista. Ningún nuevo invento de representación ha sustituido al anterior, sino que todos se han superpuesto y han redistribuido espacios y funciones”¹

Muchos de estos juicios sobre la falta de lectura y diagnósticos que “no sólo aseguran que se lee menos, sino que el libro, objeto-insignia de la cultura letrada, está amenazado y en peligro de extinción” (Papalini, 2012: 3), expresan una concepción de la lectura anclada en las premisas positivistas de la Ilustración, cuyas nociones de progreso y bienestar fundaron las bases de nuestra modernidad y de la forma hasta hace poco hegemónica de entender la lectura. Desde dichas premisas racionalistas - ilustradas, los libros impresos actuarían como la fuente primordial de aprendizaje de la cultura, influyendo decisivamente en la

formación intelectual y moral del individuo. Sin embargo, son estas las premisas que, hasta cierto punto, son superadas por la propia diversificación de las prácticas lectoras, que los sujetos realizan en su cotidianeidad, en un nuevo espacio sociocultural de relaciones de sentidos.

Al explorar en sus orígenes, estos argumentos ilustrados sobre las prácticas lectoras se vinculan, además, con los esfuerzos alfabetizadores y las empresas de difusión de las obras canónicas, principalmente literarias y filosóficas, que los estados modernos realizaron como base para la formación individual y el desarrollo nacional desde mediados del siglo XIX y principios del XX, emparentándose, así, con “la imprenta, el protestantismo, la modernidad y el individualismo” (Papalini, 2012: 1).

En este sentido, no es casual que la escuela sea hoy la institución que acusa la mayor cantidad de golpes en el debate sobre la legitimidad de las nuevas prácticas lectoras, ya que a ella se le atribuye, prioritariamente, el deber de alfabetizar y formar sujetos lectores, que no sólo puedan desempeñarse eficazmente en la comprensión e interpretación de los textos escritos, sino que además se vuelvan lectores ávidos y autónomos, capaces de proveerse de lecturas placenteras.

En este debate, la escuela es percibida como el ámbito de la obligatoriedad de la lectura, por su responsabilidad de reproducir los bienes culturales que la sociedad ha decidido consagrar. Pero en dicha responsabilidad se expresan muchas de las contradicciones que históricamente caracterizan la relación de la escuela con el conjunto social. Estas contradicciones y disputas ponen una vez más de manifiesto que leer no es sólo una

actividad individual de comprensión de lo escrito, sino una práctica que compromete motivaciones, habilidades, creencias; tanto de parte de los estudiantes como de los mediadores de la actividad lectora y el conjunto de la sociedad, revelando que “la enseñanza de la lectura es una instancia cruzada por tensiones históricas, sociales y políticas” (Silveira, 2013: 105).

Estas tensiones no solo expresan las incompatibilidades de la sociedad actual con los valores propios de la cultura humanista -demostrando que las modalidades de producción y de lectura del libro estaban vinculadas fuertemente al proyecto ideológico y cultural de la Ilustración (Zalba, 2003: 144) -, sino que además manifiestan la propia complejidad de la actividad lectora. Como explica Silveira:

En épocas anteriores tanto la enseñanza universal de la lectura como su práctica se realizaban en textos escritos en papel, libros y publicaciones periódicas, los géneros tenían límites claros y definidos y la recepción de la lectura como práctica tenía reglas accesibles para todos los que manejaban el código de la escritura en una lengua (2013: 106).

Esta superposición de miradas sobre las prácticas de la lectura es la que se expresa en algunos de los difundidos prejuicios actuales sobre la actividad lectora, que Papalini (2012: 4-9) sintetiza con precisión:

- Prejuicio cuantitativo: Leer es una práctica en desuso.
- Prejuicio cualitativo: Leer es acceder a la gran literatura.
- Prejuicio generacional: Los jóvenes no leen.

- Prejuicio ilustrado: Leer es una práctica emancipadora.
- Prejuicio tecnofóbico: Internet no es lectura.

Junto a dichos prejuicios, que expresan la voz de los “guardianes ilustrados de la lectura”, la autora identifica los prejuicios “anti-intelectuales”, que desde la visión contrapuesta condenan la lectura por su promoción de la inactividad y su falta de contribución al mundo del trabajo; siendo caracterizada, así, como un “placer inútil”, exclusivo de quienes tienen los medios y recursos para proveerse el tiempo libre que su cultivo requiere. Lo cierto es que, al situarse en cualquier de estos paradigmas, lo que parece olvidarse es que esta práctica social:

(...) admite múltiples formas; tantas formas como relaciones sean posibles. Si la consideramos sólo como puerta de entrada a lo sublime y excelso de la cultura, aprehenderemos una única dimensión de todo lo que supone esta práctica (...) Metodológicamente, conviene suspender todo juicio de valor para acercarse a observar un abanico de variaciones igualmente valorables (Papalini, 2012: 3).

Suspender estos juicios de valor no significa homogeneizar las experiencias de lectura; renunciando a la educación literaria, las experiencias estéticas y el disfrute de los clásicos, sino diversificar y enriquecer los criterios de análisis de las prácticas lectoras que consideren su complejidad y riqueza. Y en un contexto sociocultural de tanta movilidad como el actual, en el que no solo han cambiado los soportes y dispositivos de lectura, sino la propia relación con la palabra escrita, se hace más necesario que nunca considerar los ejes del análisis histórico de la

lectura como práctica cultural (Chartier, 1993: 80, citado en Rockwell, 2001), y acercarse a las prácticas lectoras desde la nueva materialidad de los textos, las nuevas maneras de leer; las creencias y las prácticas orales que envuelven al texto, como una base fundamental para transitar desde el protocolo hacia la comprensión de las prácticas reales de lectura.

La ampliación del campo de estudio de la lectura

Junto con las complejidades del actual escenario y los debates sobre la legitimidad de las prácticas individuales y colectivas de lectura, la ampliación del campo de estudio de la lectura hacia una dimensión social y cultural ha enriquecido la mirada científica sobre el propio acto lector. Ello porque, como propone Peroni (2004), la lectura pasa a ser “considerada un acto relevante dentro de una actividad de recepción, y es esta definición del acto de la lectura la que permite reconocerla, esta vez en sí misma, como objeto social”.

El carácter social de esta actividad de recepción está legitimado, especialmente, por los planteamientos teóricos de la escuela de Constanza, cuyas propuestas en la década de 1970 sobre una “estética de la recepción”, herederas de los postulados de base de la fenomenología de Husserl y las hermenéuticas de Heidegger y Gadamer (Cuesta, 1991), desplazan el foco de estudio de la lectura literaria hacia la figura del lector. De esta manera, la teoría de la recepción:

(...) permite definir la lectura, a partir del análisis de la recepción individual o colectiva de un texto de ficción, como el encuentro entre "el mundo del texto" y el "mundo del

lector". Es este encuentro y la interacción que suscita lo que hace de la lectura un objeto social (Peroni, 2004).

Otro antecedente directo de este rol fundamental del lector en la valoración del acto de lectura se halla en las ideas precursoras de L. Rosenblatt (2002), quien basándose en las propuestas filosóficas de J. Dewey, desarrolla desde fines de la década de 1930 su propuesta transaccional de lectura, en la que "(t)odo acto de lectura es un acontecimiento, o una transacción que implica a un lector en particular y un patrón de signos en particular, un texto, que ocurre en un momento particular y dentro de un contexto particular" (p.53).

Este encuentro entre un texto y un lector resulta posible por la naturaleza social de la producción y recepción de los discursos, ya que "(l)a singularidad de la transacción entre el lector y el texto no es inconsistente con el hecho de que ambos elementos de esta relación tienen orígenes y efectos sociales" (2002: 54).

Para Rosenblatt, el acto lector es entendido, así, como un acto de apropiación individual del significado, pero a partir de las experiencias comunes disponibles en los diversos contextos sociales:

Los seres humanos participan en sistemas sociales particulares y conforman grupos por edad, sexo, ocupación, nación. Estos también ofrecen pautas generales a partir de las cuales se pueden realizar variaciones individuales. Las fuerzas del condicionamiento social penetran así mismo por doquier en la formación de impulsos emocionales y conceptos intelectuales específicos (55).

Para esquematizar esta evolución del acto lector, Cassany (2013) por su parte

observa un tránsito de la comprensión de la actividad lectora desde un enfoque lingüístico, centrado en el texto; hacia un enfoque psicolingüístico, centrado en las capacidades interpretativas del lector. Frente a dichas concepciones, el autor reivindica una comprensión sociocultural de la actividad lectora, en la que esta es considerada "una práctica cultural, insertada en una comunidad particular, que posee una historia, una tradición, unos hábitos y unas prácticas comunicativas especiales" (2013: 38).

De este modo, lo que tradicionalmente se definía como un acto individual de descodificación y comprensión, que fundamentalmente exigía las destrezas psicomotrices y habilidades intelectuales de los lectores frente a la naturaleza objetiva e inmutable de los textos (verbales-escritos), pasa a ser valorado y estudiado como un acto de negociación del sentido, a partir del encuentro dinámico de un texto, un lector y su contexto; en una relación pragmática con una textualidad mayormente multimodal.

El estudio reciente de las prácticas lectoras

Desde la primera mitad del siglo XX, el acercamiento a esta compleja realidad de la lectura ha transitado, así, por diversos enfoques y disciplinas, en los que se expresa no sólo una forma particular de entender la actividad lectora y los hábitos y prácticas sociales que esta compromete, sino además las prioridades que cada contexto sociocultural ha establecido para su estudio, comprensión y valoración. Como explica Colomer (2009:19):

A grandes rasgos, los estudios de que se dispone se pueden agrupar en dos bloques: en uno se sitúan los que se

interrogan sobre hábitos sociales de ocio y consumo, en el que la lectura se contrasta con otros fenómenos y alternativas socioculturales; en el otro, los que analizan directamente la lectura. Estos últimos se pueden subdividir, a su vez, entre los que examinan propiamente los hábitos lectores y los que intentan medir la competencia lectora de los textos.

En este sentido, los estudios cuantitativos de los inicios de la sociología de la lectura, así como la posterior mirada cualitativa y etnográfica de la experiencia de recepción y la construcción de identidades lectoras, que Munita (2014: 52) identifica como un “progresivo desplazamiento desde el libro hacia el lector”, representan no sólo formas singulares de investigación científica, sino también preocupaciones e intereses que cada contexto se ha planteado sobre la riqueza del acto lector y sus múltiples modos de manifestarse social y culturalmente.

En una visión de conjunto de dicho desarrollo, se distinguen al menos dos grandes tendencias: la iniciada por la sociología de la lectura, liderada por Francia, y la línea de continuidad que representan los Nuevos Estudios de Literacidad (NEL), en tanto propuestas de acercamientos etnográficos y cualitativos a la actividad lectora.

La sociología de la lectura

Legitimada desde el pensamiento ilustrado como una actividad de vital importancia para el desarrollo humano y la vida social, la lectura comienza a explorarse como un bien público esencial en la primera mitad del siglo XX, cuando países como Estados Unidos, Rusia y Alemania se interesan por el acceso masivo de su

población a la lectura, en una acción democratizadora que involucra a los organismos del estado y bibliotecas, y que también concita el interés particular de editores y libreros (Manresa, 2009; Munita, 2014). Hay en ello dos preocupaciones centrales: lograr, por una parte, que los libros lleguen a la mayor cantidad de personas posibles y, junto a ello, mejorar las habilidades de lectura de la población menos instruida, desde una interpretación de la falta de lectura como una “debilidad personal”, pero de fuerte impacto en el desarrollo social; por lo que se estima necesaria de subsanar mediante la elaboración de políticas públicas y destinación de recursos.

Este es el contexto de origen de la sociología de la lectura; rama de la investigación sociológica que, como define Lahire (2004: 9): “examina, analiza y mide las relaciones diferenciales que las poblaciones o subpoblaciones mantienen respecto de lo escrito”.

Desde mediados del siglo pasado, Francia lideró este esfuerzo de medición y fomento de la actividad lectora, el que en sus primeros tiempos se concentró en explorar de forma estadística la relación de los ciudadanos con la lectura, mediante la aplicación de instrumentos más o menos objetivos de medición de la actividad lectora, tales como encuestas y cuestionarios. Estas encuestas nacionales de base cuantitativa y estadística se aplicaron con especial frecuencia y masividad en el país galo en la década de 1960, buscando determinar, por una parte, el peso de los criterios socioculturales en la lectura y, de manera simultánea, el propio comportamiento lector (Alain van Cuyck, 2003).

El énfasis cuantitativo y estadístico de estas primeras exploraciones se

manifiesta en ejemplos como la categorización de las prácticas y los tipos de lectores en base a criterios de frecuencia y cantidad. Como describe Hersent (2000), citado en Munita (2014: 50-51):

(...) los estudios clasificaron a la población en tres grandes perfiles lectores según el número de libros que los entrevistados declararan haber leído en un año. Así, se definieron como lectores débiles (*faibles*) quienes leen de 1 a 9 libros, lectores medianos (*moyens*), de 10 a 24, y fuertes (*forts*), aquellos que leen 25 o más títulos anualmente.

A pesar de la popularidad y difusión de este tipo de mediciones, que rápidamente comenzó a ser replicada en otros países de Europa, como España y Portugal, las diferencias sociales y culturales de los diferentes contextos comenzaron a mostrar algunas de las debilidades del enfoque, tales como la imposibilidad de construir cuadros comparativos, con indicadores externos sobre los hábitos de lectura. Y ello no sólo se referiría a la dificultad de comparar, por ejemplo, a un “lector fuerte” de Francia con uno de Italia desde criterios estandarizadores y ajenos a la realidad de cada país, sino incluso a aspectos más subjetivos de la experiencia lectora en un mismo contexto sociocultural. Esto es lo que grafica Bahloul (2002; 25-26), al problematizar el significado metodológico de la pregunta: “¿Cuántos libros lee usted al año?”; o incluso “lo que los lectores entienden por ‘leer’ o “lo que los lectores entienden por ‘libro’. Como explica la autora francesa, con frecuencia “los ‘poco lectores’ desarrollan prácticas de lectura cargadas de representaciones a veces contradictorias respecto a las que expresan en la lógica del discurso dominante que han asimilado” (34).

A partir de casos como los descritos, se comienza a observar la necesidad de

abordar las prácticas lectoras ya no sólo desde las mediciones estandarizadas de preferencias individuales, categorizadas por títulos, frecuencia y cantidad de lecturas, sino también desde las conductas sociales y los propios significados que las personas atribuyen a sus experiencias y prácticas lectoras; en el espacio diferenciador de sus contextos y modos de construcción de identidad. De esta forma, como describe Manresa (2009: 20), la sociología de la lectura adquiere un carácter predominantemente etnográfico, con una proliferación de investigaciones cualitativas sobre las formas de uso de la lectura de distintos sujetos sociales:

Francia es uno de los países donde esta tradición ha sido más cultivada: estudios sobre el comportamiento lector de los jóvenes trabajadores (Robine, 1984); investigaciones sobre diferentes modalidades de lectura: lectura por placer / lectura de trabajo (Naffrechoux, 1987); estudios sobre los lectores débiles y los modos de leer (Bahloul, 1988); o bien estudios sobre las maneras de apropiarse de los textos por parte de las clases populares (Lahire, 1993) son algunos ejemplos, citados por Hersent (2000).

Este nuevo enfoque contribuye a la paulatina comprensión de la lectura ya no sólo como una práctica cultural en el sentido de vincularse con las preferencias de clase de un sector tradicionalmente asociado a los libros, sino como “una práctica social en su totalidad (...) y, dado que se inscribe en la complejidad de las interacciones e intercambios que componen la socialización del lector, será explorada en esta totalidad (...)” (Bahloul, 2002: 30).

De este modo, este giro etnográfico en la investigación sobre las prácticas

lectoras enriquece la comprensión de la lectura y abre el campo de análisis hacia la investigación multidisciplinaria y considera no sólo los usos materiales de la lectura, sino también su recepción y formas de relación con las identidades de los sujetos.

Los Nuevos estudios de literacidad (NEL)

La necesidad de pensar en la lectura ya no sólo como un acto individual de interpretación, sino como una práctica social y cultural, que incluye formas de comportamiento y formas de resignificación de las experiencias de los sujetos, ha llevado a una revalorización de lo que desde hace algunas décadas se conocía, especialmente en el mundo anglosajón, como los “estudios de literacidad” (Barton & Hamilton, 2004; Zavala, 2009; Cassany, 2013).

Esta preocupación por la actividad letrada ha cobrado hoy un nuevo sentido, al revitalizarse desde un enfoque etnográfico y crítico de exploración de las prácticas de lectura, y de los modos en que los sujetos construyen identidad en su relación con los textos escritos.

Los NEL representan, así, un esfuerzo por comprender la actividad lectora desde su dimensión histórica y situacional; reconociendo la importancia del poder en la legitimidad de las prácticas culturales individuales y colectivas, entre las que la lectura es una de las principales por la resonancia que tiene para la experiencia vital de los sujetos.

Desde esta perspectiva, la comprensión de la cultura escrita se vincula a las condiciones de producción y recepción de los textos y discursos, especialmente a los usos materiales y simbólicos que se hace de ellos, en una valoración de la performatividad de los “eventos letrados” y

de los valores y representaciones de la palabra escrita.

En el desarrollo de este enfoque se ha generado, además, una reconceptualización de la terminología asociada a la lectura y escritura que busca dar cuenta de la dimensión pragmática, social e histórica que involucra el contacto de las personas con “las prácticas letradas, dominantes y vernáculas” (Aliagas, Castellà & Cassany, 2009: 99); es decir, con el contraste entre los usos y prácticas de la palabra escrita más o menos hegemónicas y cercanas a la norma y las que resultan de las apropiaciones más o menos creativas de los individuos.

De este modo, los NEL asumen el desafío de un estudio integrador de las prácticas letradas, desde la noción de las “identidades lectoras” (Aliagas et al, 2009: 99). Dichas identidades “surgen de la interacción social y son el resultado de la historia personal de cada individuo y de la interacción con personas, instituciones y prácticas”, por lo que su estudio, predominantemente cualitativo, abre un campo de enormes posibilidades y desafíos transdisciplinarios. Como ejemplo de lo anterior, baste pensar que la construcción de las identidades lectoras no es solo un fenómeno de habilidades interpretativas, que involucre la dimensión cognitiva de la experiencia, sino también la emocional y social.

Acercarse, así, desde la perspectiva de los NEL, a las prácticas letradas dominantes y vernáculas; a la suma de eventos letrados e interacciones, además de las creencias y valoraciones que los sujetos elaboran sobre ellas, constituye el más actual de los enfoques de estudio del fenómeno lector. Como afirma Munita (2014:56), “(...) el conocimiento que hoy tenemos sobre la

lectura se nutre tanto de índices estadísticos como de informaciones cualitativas en torno a aspectos como la frecuencia de lectura, la autoimagen de lector o las múltiples formas que esta actividad adopta en las sociedades actuales”.

Referencias

Aliagas, C., Castellà, J. & Cassany, D. (2009). *Aunque lea poco, yo sé que soy listo. Estudio de caso sobre un adolescente que no lee literatura*. Revista OCNOS N°5, pp. 97-112. ISSN 1885-446X.

Bahloul, J. (2002). *Lecturas precarias. Estudio Sociológico sobre los “poco lectores”*. México: Fondo de Cultura Económica.

Barton, D. y Hamilton, M. (2004). *La literacidad entendida como práctica social*. En: Zavala, V., Mercedes Niño-Murcia y Ames, P. (editoras). *Escritura y sociedad*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, pp. 109-139.

Bourdieu, P. (2010). *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la lectura*. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores.

Cassany, D. (2013). *Tras las líneas: sobre la lectura contemporánea*. Barcelona. Anagrama.

Chartier, A.M. y Hébrard, J. (1994). *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*. Barcelona, Gedisa.

Colomer, T. (2009). "Entre la normalidad y el desinterés: los hábitos lectores de los adolescentes". En: T. Colomer (coord.), *Lecturas adolescentes*. Barcelona: Graó, 19-58.

Cuesta Abad, J.M. (1991). *Teoría hermenéutica y literatura (El sujeto del texto)*. Madrid. Visor.

Gee, J.P. (1996). *Social Linguistics and Literacies. Ideology in Discourses*. New York: RoutledgeFalmer —Taylor & Francis Group.

Lahire, B. (2004). «Introducción». En Bernard Lahire et al. *Sociología de la lectura*. Compilado por Bernard Lahire. Madrid: Gedisa. p. 9.

Manresa, M. (2009). *Els hàbits lectors dels adolescents: Efectes de les actuacions escolars en les pràctiques de lectura*. Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona.

Moya, C. (2013). *La lectura de libros en Chile. Una práctica cultural dispuesta por el gusto*. Tesis de magíster en Ciencias Sociales. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile.

Munita, F. (2013). *Creencias y saberes de futuros maestros (lectores y no lectores) en torno a la educación literaria*. Ocnos, 9, 69-87. Recuperado de <http://www.revista.uclm.es/index.php/ocnos/article/view/227>

Munita, F. (2014). *El mediador escolar de lectura literaria. Un estudio del espacio de encuentro entre prácticas didácticas, sistemas de creencias y trayectorias personales de lectura*. Tesis Doctoral. Universidad Autónoma de Barcelona (UAB). Fecha de lectura: 10/10/2014.

Papalini, V. (2012a). *Las lecciones de los lectores. A propósito de la recepción literaria*. *Álabe* 6. [www.revistaalabe.com].

Papalini, V. (2012b). *Aproximaciones a los modos de leer: sobre la lectura como experiencia, como práctica y como herramienta*. Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS). CONICET – Universidad Nacional de Córdoba.

Peroni, M. (2004). *La lectura como práctica social. Los equívocos de una evidencia*. Conferencia en el II Encuentro de Promotores de la Lectura, XVIII Feria Internacional del Libro de Guadalajara, México [en línea].

Ramírez, E. (comp.) (2006). *Las prácticas sociales de lectura*. Segundo seminario Lectura: pasado, presente y futuro. México D.F. UNAM.

Restiffo, C. N. (2007). Las concepciones sobre la lectura que tienen los docentes de EGB3 y Polimodal de escuelas urbanas, rurales y urbano-marginales pertenecientes a la Dirección General de Escuelas de la provincia de Mendoza. Recuperado de <http://www.feeye.uncu.edu.ar/web/posjornadasinve/area3/Lengua%20%20Didactica%20de%20la%20lengua%20-%20TICs/246%20-%20Arenas%20FEEyE.pdf>.

Reyes, Y. (2007). *Leer para crear y transformar el mundo*. Recuperado de <http://www.mineduacion.gov.co/1621/article-122177.html>.

Rockwell, Elsie. (2001). *La lectura como práctica cultural: conceptos para el estudio de los libros escolares*. Educação e Pesquisa, 27(1), 11-26. Recuperado de http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1517

Rosenblatt, L. (2002). *La literatura como exploración*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Silveira, E. (2013). *La lectura como práctica*

sociocultural y herramienta para lograr la equidad social a partir de la enseñanza: Discusión acerca de la enseñanza de la lectura. Cuadernos de Investigación Educativa, Vol. 4, N° 19, 2013, Montevideo (Uruguay), 105-113. ISSN 1688-9304 105. Universidad ORT Uruguay.

Teberosky, A; Guàrdia, J., Escoriza, J. (1996). *Las prácticas de lectura en estudiantes universitarios*. Anuario de psicología 1996 n°70, 85-107. Universitat de Barcelona.

Van Cuyck, Alain. (2003). *Les pratiques de lecture face au numérique: un fait social total*. Laboratoire ERSICO. Université Lyon III.

Zalba, E. (2004). *De lectores y prácticas lectoras: la multiplicidad de pactos de lectura en los albores del tercer milenio*. Revista Confluencia, año 1, número 3, Mendoza, Argentina.

Zavala, V. (2009). *La literacidad o lo que la gente hace con la lectura y la escritura*. En: Cassany, D. (compilador). *Para ser letrados. Voces y miradas sobre la lectura*. Barcelona: Paidós, pp. 23-55.

Notas

¹Las traducciones de citas en otros idiomas son ntras.